

CASTELLANOS, JUAN DE (1522-1607)

ELEGIA VIII

*A la muerte del adelantado don Francisco de Garay,
donde se escribe la Isla Jamaica*

CANTO PRIMERO

Llegue mi flaca musa donde puede,
En tantas y tan varias relaciones;
Y por aqueste orden que precede,
Tratando de tan ínclitos varones,
No haga de manera que se quede
Francisco de Garay entre reglones;
Pues, aunque de fortuna mal pagado,
No debe ser menos estimado.

Aqueste fue de la segunda gente,
Cuando Colón mas mundo certifica:
Vino muchacho, mas tan diligente
Que se hizo después persona rica;
Y para tratar dél enteramente
Habremos de volver a Jamaica,
Isla por estas partes muy notoria
Y digna de poner en la memoria.

Sus aledaños son los más llegados
Haytís y la isla Fernandina,
En diez y siete y diez y ocho grados
De la equinocial se determina;
Rodeada por puntos y por lados,
Ciento y cincuenta leguas se camina,
Pues son setenta y cinco la longura,
Y diez y ocho largas el anchura.

Es esta isla poco montüosa,
Pero sus montes bien aprovechados,
Es fértil, abundante, fructüosa,
También por los lugares escombrados;
En algodones admirable cosa,
Tiene gentiles hatos de ganados,

De todas diferencias de natíos,
Y abundancia de lagos y de ríos.

Fue descubierta del Colón primero,
Al tiempo que volvió por almirante;
Conquistóla después el heredero,
Por un Joan de Esquivel, hombre bastante,
Cristiano y escelente caballero,
A Dios poniendo siempre por delante;
Pues sin querer ensangrentar las maños,
A todos estos indios hizo llaños.

Mil y quinientos años fue la era,
Con otros diez y nueve ya corridos,
Cuando con Esquivel en la ribera
Saltaron cien soldados escogidos:
Y aunque los resistió gente guerrera,
Con gran facilidad fueron vencidos;
Gobernólos tres años muy contentos,
Y hízoles muy buenos tratamientos.

Murió, que no vivió tiempo más largo,
Gobernando la tierra sin pelea;
Sucedióle después en este cargo
El capitán Francisco de Perea;
A este sucedió Joan de Camargo,
Y a él este Garay que se desea,
A quien fortuna dio grandes favores,
Que perdió por buscar otros mayores.

Pues visto que Cortés descubrió senos
De tan engrandecidas poblaciones,
Juzgó de su persona no ser menos
Para tener tan altas pretensiones:
Procuró con favor de muchos buenos
Pedir nuevas conquistas de regiones,
Las cuales se le dieron de buen grado
Con titulo y honor de adelantado.

Porque desde esta isla referida,
En carabelas fuertes y ligeras,
Había ya corrido la Florida
Y a Panuco con todas sus riberas;
Donde muchos dejó faltos de vida,
Comidos destas gentes carniceras;
Volvió para la isla con intento

De procurar el adelantamiento.

La santísima era de quinientos,
Con mil veinte y tres casi corrida,
Para perficionar sus pensamientos
Efetúo con Garay esta partida:
Once nags, soldados ochocientos,
Algunos mar de gente muy lucida,
Muchos caballos, gran artillería,
Matolaje cuanto convenía.

Antes de se partir de donde cuento
Nombró justicias y otros oficiales
Futuros, do hallasen buen asiento
Con posibilidad de naturales;
El ejército hizo juramento
Selle todos fieles y leales,
Dio las velas al viento con naquesto
Y a la isla de Cuba llegó presto;

Adonde luego fue certificado
Por larga relación de muchas gentes,
Estar el dicho Panuco poblado
Por Fernando Cortés y sus tenientes;
Juzgóle por negocio tan pesado
Que podría parir inconvenientes,
Y por evitar odios descubiertos
Quisiera con Cortés hacer conciertos.

Para lo cual aqueste caballero,
Viendo cómo la paz a nadie dada,
A Zuazo nombró por medianero,
Como varón de letras y de maña,
Rogándole que fuese por tercero
A verse con Cortés a Nueva-España,
El cual, por amistad de quien lo manda,
Aceptó de buen grado la demanda.

Partió Zuazo antes que la flota
A verse con Cortés y dalle cuenta,
Siguió después un día su derrota
Garay adonde ya se representa;
Y de las islas algo ya remota,
Encendióse bravísima tormenta,
Para Zuazo tan tempestuosa
Que se puede contar por milagrosa.

Porque su desdichada carabela,
De las inmensas ondas embestida,
Sin quedalle recurso ya de vela
Muchas veces la vieron sumergida;
Esperanza ninguna los consuela
Que prometa remedio de la vida;
Todos eran sollozos y gemidos
De placeres humanos despedidos.

En Dios el esperanza se ponía
Do van los corazones y las bocas,
Noturna confusión los afligía,
Rodean las visiones y no pocas,
Llevólos aquel viento que corría
En medio de la mar a ciertas rocas,
Do la nave se hizo mil pedazos,
Y pocos se valieron de sus brazos.

Pecieron varones, mueren dueñas,
Con embates de mar repercusivos,
Pudieras ver colgados de las peñas
Cuarenta y siete que quedaron vivos.
¡Oh mar, cuántos trabajos les enseñas,
Dolores y tormentas excesivos!
Llaman a la potencia soberana
Hasta tanto que vino la mañana.

Mas no les trajo lumbre de consuelo,
Ni luz para que fuesen remediados,
Porque ¿qué les prestaba ver el cielo
Sin tierra, y en peñascos anegados?
No ven por todas partes otro suelo,
Mas vense de mil males rodeados,
Pena, dolor, pasión y muerte dura
Es la cosa que más los asegura.

¡Cuán triste, cuán cuitada y afligida
Se hallaba la miserable gente,
De muy grandes olajes embestida
Desde los bajos pies hasta la frente,
Sin agua que bebiesen ni comida,
Faltos de todas cosas totalmente!
Lloros, suspiros, lágrimas sin cuentos
Eran los principales alimentos.

Faltábales a todos advertencia
En esta confusión tan lastimera;
Mas un Joan Sánchez, hombre de esperiencia,
En naufragios y vida marinera,
Puso grande calor y diligencia
En recoger pedazos de madera,
Cables y tablazón que iba perdida,
Y jarcia cuanta pudo ser habida.

Con esta prevención, que no fue poca,
Las cosas que pudieron ser habidas
Hicieron amarrar a cierta roca
En haces y montones recogidas;
Después vinieron a pedir de boca
Para bien destas gentes afligidas,
A quien terrible fuerza de temores
Agora hace dar grandes clamores.

La continuación del triste llanto
Quebrantara dureza del acero;
Y estando con aquel mortal espanto,
Que no puedo pintallo como quiero,
Aflojaron las olas algún tanto,
Y vieron donde estaba un madero,
Debajo del arena soterrado,
Donde por las corrientes fue llevado.

El Zuazo, varón digno de loa,
Con algunos hidalgos y matronas,
Descubriéronlo bien de popa a proa,
Limpiando los remates o coronas;
Y vieron claramente ser canoa
Donde podían ir cinco personas:
Hincando las rodillas en el suelo,
Dan gracias al Señor del alto cielo.

Pues para conocer adónde iría
El Zuazo con tres varones fuertes,
Para remedio desta compañía,
Procurando librallos de las muertes,
Con oración que siempre se hacía
Cuatro veces echaron cuatro suertes,
Y en aquellas cayó continuamente
Que fuesen a la parte del oriente.

Tomaron el brevísimo navío,

Que ya la mar estaba de bonanza,
Hicieron de los otros su desvío,
Dándoles de volver gran esperanza;
Y fueron prosiguiendo su bajío
Dos grandísimas leguas de tardanza,
E ya, cuando la noche se cerraba,
Vieron un arenal que blanqueaba.

Que cierto cualquier dellos se temía
De tener en la mar la noche oscura;
Saltaron pues allá con alegría
Pareciendo morada más segura:
De veinte pasos fue la travesía,
Y de ciento y cincuenta la longura,
Hincaron en la tierra las rodillas,
Dando gracias por tales maravillas.

Dadas gracias a Dios omnipotente,
Esperaron allí la luz del día,
Para traer también la demás gente,
Entre tanto que Dios más proveía:
La cual la misma vía del oriente
Por estos arrecifes se venía,
Por las reventaciones caminando,
Algún descanso breve deseando.

Holgáronse de vellos más cercanos
Por mejor socorrerse todos juncos,
Guiaron la canoa diestras manos
Para traer los míseros disjuntos;
Y dellos los más fuertes y mas sanos
Tenían el color como difuntos;
Mucho más remontaban los placeres,
Lástimas que decían las mujeres.

"¡Oh pasos de piedad enajenados,
Roca cruel y piedra más que dura!
¡Oh pies en algún tiempo bien calzados,
Dedos de manos hechos a blandura!
¡Cuán heridos y cuán atasajados
Os tiene tan acerba desventura!
¡Cómo merecen bien estos afeites
Los pasados regalos y deleites!

¿Qué son de los amparos del estío?
Agora destos golpes abrasada

¿A dónde está la ropa para frío?
De las preciosas martas aforrada,
El empalagamiento y el hastío
Que daba la comida delicada,
Dulzores olorosos que tenía
Para poder beber el agua fría?

"¿Qué es de la fuente, qué es del vaso fresco,
Vasijas de labores muy extrañas?
Salado licor es el que merezco,
Por mis delicadezas y mis mañas:
Desdichada de mí que ya perezco,
Rabiosa sed abrasa mis entrañas,
Y de tan grande mal la mejor cura
Es que la mar será mi sepultura."

Esto decían ya sobre el arena,
Do la gente tenían recogida,
Por no ver un alivio de su pena,
Ni poder conservar humana vida,
En parte que constaba ser arena
De candela, de agua, de comida;
Mas el Zuazo, hombre de templanza,
Siempre tuvo de Dios gran confianza.

Decía cristianísimas razones
Para consuelo desta desventura,
Hacia fundadísimos sermones
Alegando lugares de escritura:
Mandó perseverar en oraciones
Con un fervor ardiente de fe pura;
Clamores grandes van al alto cielo:
¡Padre de piedad, dadnos consuelo!

Diciendo pues palabras lacrimosas,
Demandando salud para su pena,
Vieron cinco tortugas poderosas
Venir a desovar en el arena,
Que no les fueron poco provechosas
Y pudieron ser más para la cena,
Si acaso la ventura diera luego
Los materiales para hacer fuego.

Porque por experiencia conocida,
La carne destos dichos animales
Es una salutífera comida

De do hacen guisados principales;
Y si la sangre dellas es bebida,
Es provechosa para muchos males;
En el anchor y término de larga
Cada cual dellas es como una adarga.

Pues el Zuazo con sus gentes vagas,
A quien intolerable sed quebranta,
Las ofrecieron a las cinco pagas
De do manó la Sangre sacrosanta,
Lavamiento de culpas y de plagas
En el árbol de cruz y dulce planta;
Y antes que se volviesen do salieron
Las barrigas arriba se volvieron.

Pues porque al remedio de fortuna
No cumplía que fuese más fiambre,
Mandó Zuazo desconchar la una.
Y en la tal concha recoger la sangre,
Para templar la sed muy importuna,
E mitigar en algo tanta hambre;
Y aqueste virtuoso caballero
Hizo la salva y él bebió primero.

Y después dél, según la muchedumbre,
Beben el delicado y el robusto,
Aquello que no tienen de costumbre
Ni fuera deste tiempo fuera justo:
El néctar fue menor en dulcedumbre,
Ambrosia no les diera tan buen gusto:
Quedábanles los labios no distintos
De los que siempre prueban vinos tintos.

Estos ensayos hechos otro día,
Estendiendo los ojos adelante,
Otra pequeña isla parecía,
Como dos leguas desta discrepante:
Allá fueron de aquesta compañía
Tres hombres, cada cual buen navegante,
Anduviéronla toda, y ésta era
Cinco veces mayor que la primera.

Ninguna cosa verde producía,
Ni sombra, ni señal de dulces fuentes,
Mas admiráronse cómo tenía
Innulnerables aves diferentes;

Y tantas que el arena se cubría
Lobos marinos, pajarillos nuevos,
De las nidadas viejas y recientes,
Muchas tortugas, infinitos huevos.

Volviéronse con este buen recado;
Y como mejoría deseasen,
Aqueste valeroso licenciado
Ha llamado que todos se pasasen,
Para buscar lugar acomodado
Do sus necesidades amparasen;
Y así como cristiano caballero,
El quiso ser de todos el postrero.

Como las aves no hacían fugas
De las extrañas gentes y modernas,
Mataban y comían las pechugas,
Y no se desdeñaban de las piernas;
También la dicha sangre de tortugas
Servía como vino de tabernas,
La clara de la yema dividida
Ansímismo servía de bebida.

Suelen en estas islas ser continos,
Y casi que por todos sus lugares,
Gran cantidad de vítulos marinos
Que llaman lobos por aquestos mares;
Los cuales a los pobres peregrinos
Ansímismo servían de manjares:
Son muy grandes y torpes en la tierra,
Y así se matan sin ninguna guerra.

Un muchacho que en esta triste vida
Estaba con la sed casi rabiando,
Loba marina vio recién parida,
Y dos hijos estar amamantando;
E cual con intención desta bebida,
Con gran silencio se le fue llegando,
Quitó los hijos como quien no toca
Y tomóle las tetas con la boca.

Ella que sintió cosa diferente,
No pudiendo sufrir otra mejilla,
Revolvió con protervo continente
Derribando la media pantorrilla;
Curólo como pudo nuestra gente

Movida de dolor y de mantilla,
Considerando cuán sutil maestra,
Es la necesidad, y cuanto muestra.

Estaban pues en este mejor puesto,
De calientes comidas tan ayunos,
Que no fue parte la que tienen desto
Para que dejen de morir algunos:
Del estraño manjar y mal digesto,
Con los calores graves importunos,
Y el pensar que de lance tan terrible
Escapar no les era ya posible.

Había pues en esta compañía
Un ánima cabal en su cordura,
La cual como los otros padecía
Aquella miserable desventura:
Inesica la niña se decía,
E ya cercana de la sepultura,
Al buen Zuazo y a los circunstantes
Les habló con palabras semejantes:

"Una señora, ya mujer anciana,
Su rostro como sol resplandeciente,
El nombre de la cual dijo ser Ana.
Abuela del Señor omnipotente,
Me mandó que dijese que mañana
Fuédeses por allí más al poniente,
A la isla que veis estar frontera
Y allí hallareis agua pasadera."

Aquesta relación y este recado,
Que de vanas fantasmas es remoto,
Mandóselo decir al licenciado
Porque sabía ser su muy devoto:
Esto dicho, salió deste cuidado,
Y del tropel humano y alboroto,
Y aunque la mucote della les dio pena,
Gran contento causó la nueva buena.

Otros nueve murieron entre tanto,
De la rabiosa sed y hambre dura;
El Zuazo, varón de pecho santo,
Usaba los oficios como cura;
Y ante los desmayados del espanto
Les abría también la sepultura,

Santísimas palabras predicando,
Y a todos acudiendo y animando.

Acabada la obra toda pía,
La triste noche hizo su venida,
Que se gastó rezando, y otro día
Pusieron en efecto la partida
A la isla que cerca padecía
Para buscar el agua prometida,
Y encaminados todos al viaje,
Zuazo fue postrero del pasaje.

Llegados los primeros que pasaban,
Vieron la isla ser alguna cosa
Mavor que la segunda que dejaban,
Y ansímismo tener yerba viciosa;
Las cuales apariencias alegraban
La gente de salud menesterosa,
Pues por espacio de doceno día
Esta necesidad se padecía.

Ansí con estas penas y pesares,
Cuyos extremos eran ya funestos,
Cavaban en mil partes y lugares
Que parecían aptos y dispuestos;
Pero no refrescaron los ijares
Tan inútiles pozos como estos,
Pues, aunque daban agua muy aína,
Fue de más amargor que la marina.

Faltando pues del agua dulcedumbre,
Agravóse la pena y el cuidado,
Y estando con aquesta pesadumbre,
Llegó con los demás el licenciado;
Y como lo tenían de costumbre,
Vióse de todos ellos rodeado,
Maldiciendo con lloros su fortuna
Por no hallar consolación alguna.

Zuazo con ejemplos les enseña
A confiar en Dios del alto cielo,
Y nunca desmayar varón ni dueña
En este riguroso desconsuelo;
Pues quien hizo manar agua de peña
Podía también dalla deste suelo,
Y que en necesidad tan escesiva

Cada cual se vistiese de fe viva.

Y pues que le faltaba la presencia
De don sacerdotal y bien tamaño,
Cada cual compusiese su conciencia,
Demandando perdón de qualquier daño:
Queriendo recibir por penitencia,
De ser castos, siquiera por un año,
Y antes que otras se hiciesen
En oración devota se pusiesen.

Las gentes de consuelo van ajenas
A cumplir destas cosas cada cosa:
Hicieron otras mil promesas buenas,
Cada cual a las almas provechosas;
Y castidad perpetua Joan de Arenas,
Pedro Simancas, Sancho de Espinosa,
La cual en religión después cumplieron
El espacio de tiempo que vivieron.

Hecha la prevención que voy diciendo,
Hicieron procesión con letanía,
Zuazo con la Cruz que va siguiendo
Esta desconsolada compañía:
El cantando, los otras respondiendo,
Según uso de nuestra madre pía;
Pero la dulcedumbre destes cantos
Era toda de lacrimosos llantos.

Con esta procesión, vía derecha,
Dos veces fue la isla travesada,
En tal manera que quedó cruz hecha,
Del huello de la gente señalada;
Considerando pues cuanto aprovecha
La cabal oración y porfiada,
Hincóse de rodillas el Zuazo
En la junta del uno y otro brazo.

Las manos y los ojos van al cielo,
Diciendo con suspiros y gemidos:
"¡Padre de piedad y de consuelo!
Consolad estos tristes afligidos;
Lleve la devoción tan alto vuelo,
Que toque su clamor vuestros oídos,
Y de socorro la potente diestra
A los que son, mi Dios, hechura vuestra.

"Vos, que hartáis los brutos animales
En los desiertos secos donde moran,
Visitáis con humor los vegetales,
Y así de flor y fruto se decoran:
Proveed también estos racionales,
Pues os creen, conocen y os adoran,
¡Oh fuente perenal, confortativa,
Santo Dios vivo, dadnos agua viva!

"Vos, que le distes aguas con aumento
Al vencedor del campo filisteo,
Sacadas de las muelas del jumento,
Y endulzastes también las de Eliseo;
Vos, que de piedras distes al sediento
Agua que satisfizo su deseo,
Y en los antiguos pozos de discordia,
Usad aquí también misericordia.

"¡Oh Cruz preciosa y abundante fuente
Contra la sed rabiosa del pecado,
Adonde vos, mi Dios omnipotente,
Fuistes con duros clavos enclavado,
Y salió sangre y agua juntamente
De vuestro preciosísimo costado!
Dad agua desta cruz, pues nos dais sangre,
Con que satisfagamos tanta hambre."

Luego se levantó con esperanza
Firmísima del agua prometida,
Y dijo con entera confianza:
"Cavemos, por ser parte bien medida,
En medio desta cruz y semejanza
De aquella donde Dios nos da la vida,
Y no creáis que fue promesa vana
Esta que nos fue hecha por Santa Ana."

Cavaron luego muchos con fe pura,
Y pensando pasar más adelante,
No más de codo y medio de fondura
Sacaron agua dulce y abundante.
Dio tan grande contento la dulzura,
Que el más muerto cobró nuevo semblante:
Gustan apriesa todos el consuelo,
Alzan los ojos, dan gracias al cielo.

Zuazo, dadas gracias con sosiego,
Dijo: "bendito Dios, agua tenemos,
La vida nos daría tener fuego,
Y aqúeste será bien que procuremos."
Preguntado de donde, dijo luego:
"De muchos palos secos que aquí vemos,
Que la mar de lugares diferentes
Ha traído con fuerza de corrientes."

Todos en cumplimiento deste mando,
Como cosa que tanto les cumplía,
Buscaron luego mucho palo blando,
Bien seco que la mar no lo batía;
Y con entrambas manos refregando
Unos después de otros a porfía,
En tanto grado que su fuerza pudo
Encender el polvico muy menudo.

¿Quién os podrá contar el alegría
Que sintieron de vello humeando
Los de la trabajada compañía
Y los que no penaron trabajando?
Muy menudica paja se ponía,
Con grandísimo tiento van soplando,
Hasta tanto que ya salieron llamas
Que pudieron cebar con gruesas ramas.

Aquí, y allí, y allá veréis candelas,
Desechas de las frentes ya las rugas,
Asar rabihorcados y pardelas,
Comerse con más gusto las pechugas;
Servir de calderones y cazuelas
Aquellas conchas grandes de tortugas,
Matando la sequía desta fragua
Con grandes caracoles llenos de agua.

Algunos ansímisino desta gente
Estaban de comida no curando,
Tendidos por los lados de la fuente
Sus claros manaderos contemplando:
Bebiendo por matar la sed ardiente,
Y gran número dellos vomitando,
Porque el vacío cuerpo no podía
Retener aquella agua que bebía.

En esto del beber demasiado

Casi todos entraban en la danza,
Mas Zuazo, varón bien enseñado,
Usaba de grañidísima templanza:
En comer y beber muy recatado,
Huyendo siempre toda destemplanza,
Y así deste consorcio castellano
El se halló de todos el más sano.

Y siempre vi que do se padecía
Rabiosísima sed y hambre brava,
Aquel que se crió con policía
Con menos pesadumbre la pasaba:
En la necesidad menos dormía,
En los mayores riesgos más velaba,
En las tristezas más alegre gesto,
Y a todos los trabajos más dispuesto.

No porque no vi gente de barbechos,
Que podrías, letor, maravillarte
Leyendo las grandezas de sus hechos,
Su fuerza, su vigor, su duro marte;
Mas en sufrir desmanes tan estrechos
Enriéndose que, por la mayor parte,
Quien tiene más valor sufre más males,
Y aprueban bien poquitos oficiales.

Miserias que yo vide ni las pinto,
Porque cierto sería tratar desto
Entrar en un confuso laberinto
De donde no saliésemos tan presto:
Hagamos ya capítulo distinto,
Para poder mejor decir el resto
Desta gente que no hallaba cura
Para salir de tanta desventura.

CANTO SEGUNDO

*Donde se trata del orden que tuvieron para salir de allí,
y la muerte de don Francisco de Garay*

Males hay que A los hombres son anejos,
Y para que les hagan resistencia
No poco les conviene tener lejos
Guiados con discreta providencia,

Por no quedar confusos ni perplejos.
Al tiempo que llegare la dolencia;
Porque mejor repara su partido
El pródigo que el mal apercibido.

Pues como ya tuviesen agua y fuego,
Y viesen el lugar más a provecho,
A la memoria les ocurrió luego
Aquello que Joan Sánchez hubo hecho:
La cual fue diligencia no de ciego,
Mas antes de cabal y sabio pecho;
Fueron pues en aquella canouela
Adonde se perdió la carabela.

Vieron la jarcia, tablas y madera
Adonde la dejaron amarrada;
Hicieron una balsa cuanto era
Tan fuerte, tan bien puesta y ordenada,
Que pudo bien venir a la ribera
Do quedaba la gente fatigada:
Fue crecidísimo contentamiento
Desque los trajo Dios a salvamento.

Visto cuanto trabajo los aprieta,
Y la tardanza mucha cuanto daña,
Llegados los recatos a la isleta,
La gente que se daba mejor maña
Determinó hacer una barqueta
Para tentar de ir a Nueva España,
Siquiera cuatro hombres que cupiesen,
Y de su perdición noticia diesen.

La necesaria obra se tantea,
Trázase la pequeña proa y popa,
Cada cual a lo dicho se menea,
Ocioso ni baldío no se topa:
Unos de tablas viejas sacan brea,
Otros convierten cables en estopa,
Otros andan sacando clavos viejos,
Con los demás posibles aparejos.

Andando cada cual pues diligente,
E yendo cinco por mantenimiento
A la segunda isla, que es enfrente,
Levantóse borrasca de tal viento,
Que sorbió la canoa con la gente,

No sin grave dolor y sentimiento
De todos, así flacos como sanos,
Por faltar la que fue sus pies y manos.

Como ya no tenían mucha sobra
De las aves y largas pesquerías,
Dióles gran pesadumbre de zozobra
Con menoscabo destas compañías;
Y así tal priesa dieron a su obra
Que tuvo perfición en pocos días,
Y el pequeñuelo barco fue breado
Con vieja pez y aceite de pescado.

Con sus toletes, remos y aparejos
En el agua la barca fue metida;
De aves, de tortugas y cangrejos
Con ella fue la gente proveída;
Luego fueron comunes los consejos
Que pongan en efeto la partida
Gómez y Ballester y Joan Arenas,
Para negocio tal personas buenas.

Y porque necesario les sería
Un indio que les fuese jamurando,
Procuraron hacer derecha vía
Puerto de Villa-Rica demandando:
Habían de ir por esta travesía
Ciento y cincuenta leguas navegando,
Confianto de Dios en la carrera,
Porque la barca poca parte fuera.

No rehusaron estos el pasaje
De tan inmensos riesgos y trabajos,
Y para los efetos del viaje
Hicieron en el barco sus atajos,
Donde pusieron el matalotaje
De huevos, de tortuga y tasajos,
Agua también en odres o barquinos
Que hicieron de vítulos marinos.

De los demás hicieron despedida
Con un dolor que el alma les aprieta.
¡Oh riesgos y trabajos de la vida
Y a cuántas desventuras es sujeta!
Entraron en la mar que los convida
Por estar por entonces muy quieta,

Los que quedan regaban sus mejillas
En oración hincados de rodillas.

Decían: "el Señor os esclarezca,
Su divino favor sea la guía,
El os ampare y él os favorezca
Con clara noche, con sereno día,
Sin permitir que más os acontezca
Fortuna que perturbe vuestra vía;
Quiete furias del soberbio viento
Hasta que ya lleguéis a salvamento."

Varones y mujeres esto vieron
En la barca los ojos enclavados,
Hasta que ya de vista se perdieron
Y los remeros iban engolfados;
Los cuales su viaje prosiguieron
De prosperas corrientes ayudados,
Vientos quietos, apacibles, buenos,
Y de sus los ímpetus ajenos.

Perseverando pues en sus porfías,
Dándoles el Señor fuerza bastante,
Al cabo ya de diez o doce días
Vieron la tierra firme por delante.
¿Quién os podrá decir las alegrías
Del flaco y animoso navegante?
Bojaron con furor de nuevo brío
Hasta poner en ella su navío.

Contemplan la frescura de los pinos,
El lustre y el verdor que ven enfrente,
Saltaron los cansados peregrinos
En parte que les era conviniente;
Porque hallaron sendas y caminos
Y huella de caballos muy patente,
La cual con los anejos de sus heces
Besaron todos ellos muchas veces.

Dadas gracias a Dios, que fue servido
De los llevar a luz y salvamento,
Fueron por el camino más seguido
Para buscar algún mantenimiento;
Diahustan, cacique, que los vido,
Recebiólos con buen acogimiento,
Teniendo por estraña maravilla

Ver gente tan hambrienta y amarilla.

Porque una pava grande que les dieron
De muchas que tenían estas casas,
Sin sacalle las heces la pusieron
Y sin pelalla bien, sobre las brasas,
Y después que con tripas la metieron
En otras que venían algo rasas,
Por señas demandaron al instante
Guía para pasar mas adelante.

Acerca desta misma circunstancia
Por señas el cacique significa,
Que tres o cuatro leguas de distancia
Demoraba de allí la Villa-Rica;
Caminaron con presta vigilancia,
Por donde la tal guía los aplica,
Deseando volver con buen recado
Al ínclito Zuazo licenciado.

Junto del cual, cuando desembarcaron
Los tres con quien se hizo clara prueba,
Cinco rabihorcados se sentaron
Como por mensajeros de la nueva;
Pues en vellos domésticos juzgaron
Ser anuncio del bien que se les lleva,
Y aunque no fueran malos al ayuno
No consintió hacelles mal alguno.

Después que ya llegaron con la guía
A Villa-Rica, cuyo señorío
Simón de Cuenca por Cortés regía,
Conocieron allí faltar avío;
Y aMedellín el Nuevo los envía
A causa de tener presto navío
Un Gonzalo de Ocampo, de Trujillo,
Y del dicho Zuazo gran carillo.

Al cual por ser capaz y diligente,
En negocios jurídicos cursado,
Zuazo le nombró por su teniente
En Cuba, do vivió tiempo pasado;
Y así con la presteza conviniente
Luego le despachó todo recado,
Diestros pilotos de Moguer y Palos
Con posibles refrescos y regalos.

Navegaron la vía del oriente
Hasta los Alacranes, parte nota,
Porque estos son do se perdió la gente,
Riesgo que navegantes alborota;
Volvieron los tres hombres juntamente
Ellos mismos guiando la derrota,
Mas tarde treinta días la jornada
En llegar a la gente fatigada;

Por ser el tal navío detenido
De calmas y corrientes sin vapores;
Mas Dios omnipotente fue servido
De dejallos llegar pascua de Flores;
Porque con regocijo más cumplido
Resucitasen estos pecadores,
A quien por ser ya tanta la tardanza
Daba grave dolor desconfianza.

Estaban todos pues en atalaya,
Los ojos a los mares estendidos,
Por aquel arenal y seca playa
En santos pensamientos convertidos,
Al Señor suplicando que les vaya
Remedio de sus lloros y gemidos:
Estos eran sus ratos, sus empleos
Y el blanco do tiraban sus deseos.

ZuazO pues que siempre se desvela
En consolar aquesta compañía,
A grandes voces dijo : "vela, vela,
Socorro que el muy Alto nos envia."
Acuden, iniran, ven no ser novela,
Sino grande verdad to que decia,
Suena Te Deum laudamus el concontento
Con lAgrimas nacidas de contento.

Acercáronse más los del navío,
Pero no sin peligro ni recuesta,
Por ir ya descubriendo del bajío
La roca que tenían contrapuesta;
Y así por parecer bien el desvío
Surgieron dél un tiro de ballesta;
Mas como nadie veía por los puertos
Sospechaban que todos eran muertos.

Que, porque estaban de rodillas puestos
Dando gracias a Dios, nadie los vía,
Pero después que ya fueron enhiestos
Dióles voces la gente que venía;
Y todos luego se hicieron prestos
Para salir a dalles alegría
Sacando mesa, silla y alimentos
Para satisfacer a los hambrientos.

Sacaron abundancia de cecinas,
Gustosísimos gallos de papada,
Muy gentiles capones y gallinas,
Añejo vino y agua delicada:
Conservas de tan buena hambre dinas;
Frutas muchas de gente regalada,
Bizcocho blanco ven en abundancia,
Con infinitas cosas de sustancia.

Salieron Ballester y Joan de Arenas
A dar las buenas pascuas a la gente,
Desconfiada de tenellas buenas
En riesgo y en peligro tan patente
Abrázanlos con las entrañas llenas
De Santa caridad y amor ardiente,
Sin acabar de dalles bendiciones
Las fatigadas dueñas y varones.

La salutación larga concluida,
Dieron a cada cual limpios vestidos,
La olla con gran priesa fue cocida,
Luego largos manteles estendidos:
Tuvieron abundante la comida,
Fueron de muchas cosas proveídos,
Quisieron beber agua de su fuente,
Y amarga la hallaron grandemente.

Tuvieron por milagro señalado
El no durar allí la dulcedumbre,
Mas de por aquel tiempo limitado
Que tuviesen aquella pesadumbre;
Dio las gracias a Dios el licenciado,
Según que lo tenía de costumbre,
Y acabada la fiesta sin hastío,
A gran priesa se fueron al navío.

Huyen de los detérriles conveses,

Donde con más dolor que se nivela
Estuvieron al pie de cuatro meses;
Entraron pues en esta carabela,
Y con tenor del mar y sus reveses
Al punto se hicieron a la vela
Veinte que de los riesgos escesivos
Permanecieron solamente vivos.

Navegaron aquestas compañías
Con viento que bonanza les aplica,
Tal, que pudieron ir en trece días
Al puerto de la dicha Villa-Rica;
Recebiólos Cortés con Cortésías
Cuantas de su valor fama publica;
Pues aunque allí faltaba su presencia
No faltaba su gran magnificencia.

Porque mandó que todos ellos fuesen
A costa de sus bienes reparados,
Y al dicho licenciado se le diesen
En cantidad de doce mil ducados,
Y generosamente proveyesen
Su casa, su familia, sus criados;
Escribidle también carta misiva
Que su buen amistad estaba viva.

Desde se reformó la compañía,
Particóse para ver a su querido,
Al gran Méjico donde residía,
Y donde del Cortés fue recibido
Con crecido contento y alegría,
Que grande la mostró cuando lo vido,
Y con ostentación de frente rasa
Por hospicio le dio su propia casa.

Mas porque por entonces le convino
Al Fernando Cortés estar ausente,
E ir trabajosísimo camino
Contra su capitán, mal obediente,
Al Zuazo, varón del cargo dino,
Dejó nombrado por lugarteniente,
El cual administraba su tinencia
Con retitud, valor y gran prudencia.

Pero Cortés apenas se destierra
De los confines destas ciudades,

Cuando con turbación de civil guerra
Hubo sobre mandar parcialidades:
Echaron al Zuazo de la tierra
Los inventores destas novedades,
Y por huir alguna chirinola
Tuvo por bien volver a la Española;

Donde fue su persona recibida
Con aplauso no mal regocijado,
Y vivió lo restante de su vida
Rico, favorecido y acatado,
Mas porque de Garay no me despida
Quiero volver al fin de su cuidado,
Antes que del Zuazo se supiese,
Ni con Cortés en Méjico se viesse.

CANTO TERCERO

*Donde se trata cómo llevo Francisco de Garay al río Palmas,
de lo que allí le sucedió, y de su muerte*

No creo yo que vine sin querella
Aquel que más alcanza de riqueza,
Pues tanto más creció la hambre della
Cuanto mayor se hizo su grandeza;
Y a veces buscar más hace tal mella
Que convierte los gozos en tristeza:
Destas cosas y otras que contemplo
En el Garay tenemos buen ejemplo.

Pues teniendo la vida ya segura,
Prósperos tratos y caudales llenos,
Su casa con grandísima hartura,
Heredamientos muchos y muy buenos;
Pensando de hallar mayor ventura
De la que tuvo, fue venir a menos;
El caso sucedió desta manera
Desque salió de Cuba y su ribera:

Corrieron con aquellos temporales
Con angustias mortales de sus almas,
Mostrábase la mar con furias tales
Que deseaban ya molestas calmas;
Y así con las zozobras destes males

Decayeron al río de las Palmas,
Donde sacó soldados cuatrocientos,
Y algunos, aunque pocos bastimentos.

Envió por allí hacia la sierra
A Gonzalo de Ocampo su pariente,
Con hombres instruidos en la guerra
A fin de descubrir alguna gente;
Mas no les pareciendo bien la tierra,
Volvieron a la mar incontinente,
Y sin saber Ocampo cosa cierta
Afirmaba la tierra ser desierta.

Determinó hacer della desvíos,
Y que Grijalva con los marineros
A Panuco llevase los navíos;
El por tierra con muchos compañeros,
Atravesando peligrosos ríos,
Ciénegas infinitas, mil esteros,
Muy fatigados todos y hambrientos,
Y de tantas zozobras descontentos.

Mas por algunas guías ya tomadas
De indios que hallaban divertidos,
Salieron a las tierras deseadas.
Y no fueron allí mas proveídos;
Pues a causa de guerras atrasadas
Había muchos pueblos destruidos,
Porque Fernán Cortés y sus tenientes
Traían fatigadas estas gentes.

Allí donde la proa todos llevan
En fundar población con su consejo,
Estaba ya fundado Santisteban
Por capitán un Pedro de Vallejo:
Temió Garay de que éstas no se muevan,
Y en acercarse tuvo mal consejo,
Porque los de Cortés dieron en ellos
Y prendieron a los cuarenta dellos.

Grijalva también tuvo desavíos,
Pues yendo caminando su viaje,
En unos arrecifes y bajíos
No vistos antes en aquel paraje,
De los once perdió cuatro navíos
Con todos los pertrechos y fardaje;

Ancleó los demás cerca del puerto
De Panuco, según fue su concierto.

Los de tierra por falta de comida
Estaban ya como de los cabellos,
Andando mocha gente divertida,
También mataron indios muchos dellos:
Supo Fernán Cortés esta venida,
Y envió capitanes contra ellos,
Aunque los más a causa del provecho
Tenían al Cortés dentro del pecho.

Porque costumbre fue de señoríos,
Que quien más puede tiene más devotos;
Conoció, pues, Garay sus desavíos
En hallar sus soldados tan remotos:
Al Vallejo rindieron sus navíos
También ciertos maestros y pilotos,
Los cuales alevosas sinrazones
Causaron al Garay graves pasiones.

Y estando rodeado de pesares
Aquellos capitanes Cortésanos,
Llegaron a las partes y lugares
Que de Garay estaban más cercanos;
Tuvieron grandes dares y tomares,
No para que viniesen a las manos;
Antes dando y tomando sobre puntos
Los unos con los otros fueron juntos.

Tuvieron, aunque no con duro pecho,
Sobre sus causas mil alteraciones,
Cada cual alegando su derecho
Y mostrando reales provisiones;
Vinieron al concierto deste hecho,
Y fueron estas las resoluciones:
Enviar a Cortés sus mensajeros
El Garay y los otros caballeros;

Y que sin proceder en la contienda
Para que coda sinrazón cesase,
Le volviese navíos y hacienda
Sin que ninguna cosa le faltase;
Sujetando los suyos a su rienda
Para que con rigor los embarcase,
Y a las Palmas hiciesen su jornada,

Pues era tierra rica y bien poblada.

Hicieron el concierto referido
Diego de Ocampo y Pedro de Alvarado,
Capitán de Cortés, por más querido
Para tales negocios enviado:
Garay se holgó mucho del partido
Teniéndolo por bueno y acertado;
Congregó luego muchos de su gente,
Y dicen que les dijo lo siguiente:

"Si tengo de deciros las verdades,
Amigos, compañeros y señores,
Bien sabéis que las buenas amistades
Que tanto celebraron los mayores
Se conocen en las adversidades,
Cuando fortuna siembra sus rigores;
Y entonces es el bueno menos vario
Cuando hado se muestra más contrario.

"Y pues que la costumbre de los buenos
Es no desamparar al buen amigo,
Y sabéis bien que nunca yo fui menos,
Sino mejor aun desto que aquí digo,
De toda la lealtad seréis ajenos
Si no permaneciédes conmigo,
Teniendo ya por cosa conocida
Que a nadie quiero menos que a mi vida.

"El tal amor deseo que se entienda
Por mis obras y blando tratamiento,
Pues gastó con vosotros mi hacienda
Para daros cabal aviamiento;
Y para yo tener segura prenda
Os ligastes con santo juramento,
Prometiéndome todos a porfía
De no dejarme por ninguna vía.

"Si cerca del negocio prometido
Lo contrario hacer alguno piensa,
No solamente yo soy ofendido,
Pero también hacéis a Dios ofensa;
Y así cuando tengáis mayor olvido
De su mano verná la recompensa,
Pues quebrantáis la jura del muy alto,
Y faltáis a quien no hallastes falto.

"Si pensáis por allá recoger frutos
De riquezas por más breves atajos,
Nunca las hallaseis a pies enjutos
Ni por caminos llenos de gasajos;
Ni querrá dar Cortés salvos conductos
Para que gocéis dellas sin trabajos;
Lo que hará será daros un cebo
De tierras nuevas que ganéis de nuevo.

"Pues para no gozar lo descubierto
E ir a conquistar nuevas regiones,
Mejor os es volver a lo más cierto
Y a do dejáis insignes poblaciones;
Para lo cual en mí tenéis abierto
Un camino de grandes galardones,
Y estuviera ya este comenzado
Si no fuera de muchos engañado.

"Y pues no hago vano cumplimiento,
Y esta mi voluntad sana y entera,
Recibiré merced y gran contento
De que ningunos os salgáis afuera:
Sino que sin penoso sentimiento
Pasemos todos juntos la carrera,
En la cual hallaréis ser el efeto
Mayor que por palabras os prometo."

Estas amorosísimas razones,
Espresadas debajo buen intento,
Hicieron muy livianas impresiones
En la gente del tal ayuntamiento;
Pues sin embargo de persuaciones
Le huían hoy diez, mañana ciento,
Y por se desmandar como bestiales
Mataron muchos estos naturales.

Viendo Garay tan gran inconveniente
Y que la gente toda le faltaba,
Determine de ir personalmente
A verse con Cortés adonde estaba;
Para que capitán tan escelente,
Hiciese lo que dél se confiaba,
En la restauración de su caída,
De su reputación y de su vida.

Resuelto pues en este su desino
De gente de Cortés persiladido,
Puso luego por obra su camino
Donde de todos ellos fue servido;
Y después que llegó do le convino

Con gran magnificencia recibido,
Habláronse los dos, brazos abiertos,
Y trataron de medios y conciertos.

No se tuvo Garay por arrepiso
En los comedimientos desta vista,
Trató su causa con gentil aviso
Dando la relación de su conquista;
Y así vino Cortés en cuanto quiso
Sin que ninguna cosa le resista;
Mas porque la amistad fuese más firme
Quieren que parentesco la confirme.

Pues como por los dos se desease
El parentesco fue por esta vía,
Que el hijo de Garay se desposase
Con una hija que Cortés tenía;
Y el Cortés proveyese y ayudase
A la jornada que Garay hacía,
Dándole todo buen aviamiento
De gentes, de pertrechos y sustento.

Dados a sus negocios estos fines
Al son de suavísimo concierto
De trompas, chirimías y clarines,
Pregoneros de tal contentamiento,
Fuéronse los dos juntos a maitines
En la noche del Santo Nacimiento,
Do con suaves músicas sonoras
Oyeron ambos las divinas horas.

El oficio divino concluido,
Volviendo con un aire destemplado,
El Garay se sintió muy mal herido
De pesado dolor en el costado;
Y aunque fue de doctores socorrido,
Acabóle la vida y el cuidado
Dentro de quince días de intervalo,
Después que del dolor se sintió malo.